

¿Vandalismo antirreligioso?

Miguel Andrés Brenner

A veces puede ser que uno se meta ideas en la cabeza, y no pueda salir de ahí. Se me ocurre, estos lamentables hechos vandálicos se dan desde posiciones fundamentalistas, es por eso que lo trabajo de esa manera. El odio es fundamentalismo.

El odio antirreligioso en nuestros lares no es algo generalizado, pero existe. Si hay odio, es más anticlerical que otra cosa. Y las acciones puntuales pueden interpretarse desde un nicho fundamentalista. Obviamente, y no he buceado en la información, ¿por qué ahora varios hechos al unísono?

El término fundamentalismo no es nuevo en el diccionario de la lengua española, pero comenzó a adquirir predominancia, en este presente histórico, a partir de la toma de la Embajada de los EE.UU. en Teherán por los chiitas entre 1979 y 1981, en el contexto de la revolución islámica contra el dominio de los Estados Unidos de América en Irán y el derrocamiento del Sha Mohammad Reza Pahlevi. Precisamente, durante esos años, surge paulatinamente el capitalismo de base financiero/especulativo, globalizado, neoliberal, colonial y depredador.

Generalmente se asocia desde el bloque hegemónico fundamentalismo a Islam, cuando no es cierta esa homologación sin más, aunque existan grupos que merezcan dicho cualificativo. Las comunidades del Islam tienen un sentido de pertenencia más fuerte en torno a sus creencias religiosas que las comunidades cristianas. El avasallamiento colonial del capitalismo globalizado provoca la reacción de los pueblos islámicos, pues padecen violación de su intimidad cultural, cuestión incomprensible para los invasivos parámetros interpretativos de occidente.

Acontece una reacción fuerte del Islam contra el fundamentalismo del capitalismo neoliberal, que se presenta bajo la impronta de la democracia liberal y de los derechos humanos. En realidad, cada uno pone en el otro la cualidad fundamentalista.

Más aún, finalizada la época del socialismo real, con la caída de la Unión Soviética, se pretende la desaparición de alternativas diferentes al capitalismo, y de ahí la expresión de Francis Fukuyama acerca del “fin de la historia”, en su libro “El fin de la historia y el último hombre” (1992), en el que afirma que la lucha entre ideologías concluyó, en tanto el liberalismo político y la economía de libre mercado se impone a las utopías. Se instituye el pensamiento único, no llamado fundamentalismo. Y todo lo que supondría oponérsele es significado con tal mote, hasta llegar al extremo que alguien “es fundamentalista porque es fundamentalista”. A modo de ejemplo, los videojuegos del tipo “*counter strike*”, donde hay quienes son hombres de ley y otros fundamentalistas, luchan a muerte con las mismas armas, los mismos métodos sangrientos, y quien mata más gana, pero no hay historia, no hay sucesión de hechos que se concatenen, no vale aquí el significado que Max Weber otorga a las ciencias de la cultura como la comprensión de los significados que los seres humanos otorgan a sus acciones. Y si es fundamentalista, hay que temerle, y no queda otra que un Estado Leviatán, aún bajo las sutiles maneras que permiten las tecnologías informáticas.

La mal llamada, y no ingenuamente, posmodernidad, no es más que la crisis de la modernidad, el estallido de sus fines, de sus valores, de sus interpretaciones únicas, dentro del entramado capitalista que se readeúa históricamente en sus formas de explotación. Así, la verdad una y única estalla en múltiples verdades, con el riesgo de múltiples miradas sin pensamiento crítico, bajo el dominio del pensamiento único subyacente, de multiplicidad de pensamientos únicos. De ahí, la usual expresión

“cada uno tiene su verdad”. Si así fuere, y si el diálogo significa partir y aún luchar por aquello que nos une, el encuentro se daría en el infinito, o sea, nunca.

Los recientes actos de vandalismo antirreligioso se enmarcan dentro del pensamiento único. Son, ante todo, anticlericales en vez de antirreligiosos, violentando símbolos muy caros a las creencias cristianas. Ante las acciones vandálicas, en general, no hay comunidades cristianas que levanten su voz por haber sido violentadas en su intimidad de carácter cohesivo (cohesión en el sentido otorgado por Emilio Durkheim) por carecer de una fortaleza similar a las convicciones propias de las comunidades islámicas. Dicha “falta” es consecuencia de la fragmentación social en occidente, acaecida en tiempos del capitalismo tardío.

A mayor radicalización del individualismo, a mayor radicalización de la ideología liberal, **aún en sectores que se cualifican de progresistas o izquierdistas**, mayor funcionalidad a la colonización de las mentes, de los corazones, de las pasiones, que intenta fagocitar el sentido utópico del Hombre Nuevo paulino.